

*Revista Crítica Penal y Poder*  
2014, nº 7, Número especial: *Daño social,*  
*sus causas y sus víctimas*  
Septiembre (pp.179-184)  
Observatorio del Sistema Penal y los Derechos Humanos  
Universidad de Barcelona



## RECENSIÓN

*Review*

Recensión a *Righteous Dopefiend [Devenir lumpen]*, de Philippe Bourgois y Jeff Schonberg, University of California Press: 2009.

Álvaro Garreaud  
GRECS-UB

“Drogata empedernido”, “drogo consagrado”, “yonqui hasta la muerte”. Con estas expresiones podría traducirse al español *Righteous Dopefiend*, título del libro de P. Bourgois y J. Schonberg que he querido comentar para este número de *Crítica penal y poder*, dedicado al daño social. Durante los últimos años, la noción de daño social (*Social Harm*) ha tenido un impacto significativo en la teoría criminológica puesto que ha dado visibilidad a una zona de la experiencia del daño que no encajaba en las definiciones de *crimen* -como construcción legal- fundadas en la responsabilidad individual y en las categorías jurídicas dominantes. Contra esta visión restringida, los trabajos que han problematizado la noción de daño social han permitido llevar el debate sobre el crimen “más allá del crimen”. Es por ello que, para hablar de daño y de sufrimiento social en la actualidad, es necesario incluir la acción de corporaciones y empresas, de instituciones y agencias estatales (como el propio sistema de justicia, la policía o los servicios asistenciales); así como el sufrimiento provocado por conflictos étnicos y de género, regímenes políticos e ideologías, hasta los daños asociados a fuerzas y desastres naturales (y la lista puede siempre ampliarse).

Sin embargo, una lectura realmente crítica de estos esfuerzos debiera recusar la tentación de realizar un compendio del sufrimiento humano “global”, en favor de establecer con precisión objetiva los contextos, niveles y cualidades del sufrimiento. Porque poner el elemento humano sensible (el daño, el sufrimiento) en primer plano, es decir como definitorio de nuestra condición humana actual, conlleva el peligro de obviar el elemento político -digamos más abstracto- de la desigualdad, la injusticia y la opresión. *Cartografiar* el daño dando *visibilidad* a la *violencia sistémica* que lo sostiene y lo reproduce, podría ser una buena forma de expresar esta exigencia. Más que empatizar con las víctimas, la perspectiva crítica del daño social implica analizar las causas y determinar las responsabilidades políticas de cuestiones como la guerra, las epidemias y enfermedades, la contaminación y el expolio de los recursos naturales, el hambre, el narcotráfico, la muerte masiva y selectiva, el terrorismo, los odios étnicos, la desigualdad y la violencia estructural, la injusticia y el abuso de poder, etc. El problema que se plantea es determinar las responsabilidades de una violencia cotidiana y generalizada, pero que aparece *desculpabilizada*. Y ello sólo parece posible distanciándose críticamente del sufrimiento directo de las víctimas. Ahora bien, o mal, considerada como síntoma de los tiempos, la noción de daño social emerge justo en el momento de fase terminal<sup>1</sup> del capitalismo cuando éste, bajo la forma de una subjetividad neoliberal globalizada (sin espacios fuera de su alcance), se muestra más sistemáticamente descontrolado, y cuando la violencia (y su espectacularización) se vuelven constitutivas de sus prácticas, representaciones y sentidos: capitalismo *salvaje*, capitalismo *farmacopornográfico*, capitalismo *gore*, *necropolítica* son algunos de los nombres para esta nueva condición epistémica en que la vida humana se hallaría encuadrada.

En este contexto, consecuente con la estrategia antropológica de discutir grandes problemas en lugares pequeños, *Righteous Dopefiend* de Bourgois y Schonberg nos enfrenta al daño y al sufrimiento social en sus detalles. El libro nace de una larga y matizada investigación antropológica (etnografía y fotografía) de un campamento ilegal de personas “sin techo”, consumidoras de heroína, crack y alcohol, ubicado en un cruce (subterráneo) de tres autopistas (*freeways*) que conectan algunos de los barrios residenciales y financieros más ricos de la ciudad de Francisco, en California. El campamento -llamado *Edgewater Boulevard*- constituye un *agujero* desde donde emergen “espectros” blancos, afroamericanos y latinos para romper el régimen de visibilidad dominante. Personas, habitantes del lugar, quienes intermitentemente pasan o han pasado por la cárcel, el hospital y por programas terapéuticos, por experiencias de trabajo ocasional e informal; y han vuelo a la calle, creando en este “circuito” una especie de comunidad (o red). Un sistema de dones o una *economía moral* que implica relaciones de reciprocidad y de jerarquía basada

---

<sup>1</sup> Uso el calificativo de “terminal” no señalando un final o un término, sino en su acepción clínica. El estado terminal se caracteriza por la marcada racionalización de los medios y los procedimientos, acompañada de una absoluta demencia o irracionalidad en los fines. Como en el capitalismo actual: todo es racional, todo es público; pero todo es a la vez delirante e inconfesable. En este sentido, es pertinente referir el trabajo de Deleuze y Guattari, *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia* (1985).

en el consumo de heroína. Muchos de ellos y ellas padecen enfermedades virales, y presenta una larga historia de abusos, de marginación y de discriminación racista inscritas en sus cuerpos. Infancias atravesadas por la violencia, vidas y sueños rotos, venas pinchadas y arruinadas por cicatrices, cuerpos mutilados por abscesos mal tratados, infecciones, violencia, muerte. Durante los doce años (1994-2006) en que se llevó a cabo la etnografía, el asentamiento fue repetidamente asaltado por la policía, desmantelado, pero fue vuelto a levantar por los “yonquis dedicados” en el mismo *territorio*, mas en diferentes lugares nómadas y estratégicos, para montar las *sooting galleries* (lugares de inyección) con ayuda de los desechos de la industria de alta tecnología de *Silicon Valley*.

A través de 9 capítulos montados según una sugerente relación entre palabra testimonial, análisis e imagen, el cuerpo del libro construye un itinerario en el que el lector será confrontado con el daño cotidiano que sufren los indigentes, y podrá discernir la *estructura social* de este sufrimiento. Hacia el interior del campamento, y en su red, las diferencias, jerarquías y conflictos que rigen la vida cotidiana se estructuran en lo que Bourgois llama *apartheid íntimo*, es decir, por un sistema de relaciones de poder que se expresan en el plano íntimo, en las dinámicas concretas del grupo, pero que muestran lazos estructurales con la historia de la polarización racial en los Estados Unidos. Para explicar esta convergencia conflictiva los autores toman el concepto de *habitus* de P. Bourdieu, y lo reformulan como *habitus étnico*, esto es como una noción que permite entender los procesos estructurales/estructurantes (a nivel del cuerpo y de la subjetividad) en los que se implican tanto las determinaciones de clase, como su articulación con las distinciones étnicas y de género. En el caso de los yonquis del campamento, dicho *habitus étnico* opera en el marco de tres grandes determinaciones: una profunda *desigualdad de clase* (son hijos de obreros, pero excluidos del sector laboral), una experiencia de *abuso institucional sistemático* (abuso represivo, abuso médico, abuso farmacológico), y una creciente *criminalización y vigilancia* como efecto de la consolidación de la penalidad neoliberal. A los efectos sociales y a las significaciones que resultan de todo esto, es a lo que los autores llaman proceso de *lumpenización*.

Volvamos por un instante al título. La primera sensación que despierta, me parece, es de ambigüedad: por una lado, el “drogata empedernido” es quien busca la libertad, la fuga más allá las distinciones normativas dominantes; por otro, esa búsqueda ocurre en la más estricta cuadrícula social, segmentada bajo formas de dependencia de “la toma de la dosis”, de las relaciones interétnicas del campamento, de las condiciones del mercado de sustancias (heroína, crack), el control policial, las leyes y medidas de orden público, de las estrategias laborales y las posibilidades informales de conseguir el dinero necesario, etc. A pesar de estas constricciones, la “comunidad” de los yonquis dedicados no acepta ser disciplinada bajo la forma de ciudadanos dóciles ni productivos, manteniendo una relación de *antagonismo autodestructivo* con la sociedad que los rodea. Bajo estas condiciones, la fuga del drogadicto de los campamentos marginales se vuelve más bien un *hundimiento* corporal y social, como bien muestra este trabajo. En efecto, hundido más que “colocado”, el drogadicto empedernido muestra un devenir suicida, una subjetividad torcida y afectada por fuerzas muy concretas, entre ellas:

- el desmantelamiento del estado social emprendido por la *era Reagan* – a partir de los años 80s – que tuvo un fuerte impacto en las calles de las ciudades norteamericanas: se restringieron dramáticamente los servicios de asistencia social, sobre todo los servicios hospitalarios y de tratamiento para gente de bajos recursos; mientras que, paralelamente, como producto de la consolidación la versión punitiva del neoliberalismo (ideología de la tolerancia cero y las políticas represivas derivadas de la guerra contra las drogas), aumentaron los cuerpos policiales y las medidas represivas, la vigilancia y el encarcelamiento de los grupos más pobres, con lo que se incrementó la población penitenciaria un 500% en los últimos 30 años.

-el encarcelamiento masivo, pero discriminatorio precisamente sobre los grupos como toxicómanos, afroamericanos, latinos, juventud desempleada. Este fenómeno ha tenido una fuerte influencia sobre las dinámicas urbanas, provocando desigualdades, conflictos y generando mucha violencia. Millones de personas que pasan por la prisión vuelven a la calle, sin posibilidades de inserción laboral, sin domicilios estables y, cada vez, con menos programas estatales de reinserción o tratamiento. Al mismo tiempo, el temor exacerbado al delito refuerza la fragmentación urbana y la aparición de zonas sin ley, o zonas de excepción, lo que Bourgois había conceptualizado en sus anteriores trabajo como *US inner-city apartheid* (Bourgois, 1996).<sup>2</sup>

-la *gentrificación* de los centros urbanos, especialmente de aquellas ciudades que, como San Francisco, son capitales financieras. Como efecto del auge del sector financiero y de la desindustrialización, los centros de las ciudades fueron presa de una fuerte especulación sobre el suelo, de modo que más y más gente pobre fue obligada a desplazarse a lugares marginales y, muchas veces ilegales. Los espacios urbanos sufrieron una fuerte segmentación y la coexistencia -cada vez más confrontada- entre miseria y concentración de capital, provocó una alta conflictividad, la que se vio expresada en fuertes antagonismos entre blancos, afroamericanos y latinos

A lo largo de todo el libro se aprecia claramente la impronta teórica de P. Bourgois que ya conocíamos de trabajos anteriores (Bourgois, 1996, 1998, 2000). Ésta se caracteriza por tres aspectos principales: a) una *perspectiva histórica comparada*: como premisa para el análisis de los ciclos o epidemias de consumo de droga y los procesos de lumpenización en la ciudades norteamericanas, b) una teorización sobre lo que él llama la *economía política del sufrimiento*, en la que establece las interconexiones entre el cuerpo, la comunidad, el estado y las fuerzas del mercado y, c) un serio intento por *etnografiar procesos de subjetivación* en el contexto de lugares de excepción.

---

2 Sobre el fenómeno de encarcelamiento masivo de la diferencia/excedencia (población afroamericana y latina), así como y de la relación que éste tiene con las transformaciones urbanas (la llamada urbanización neoliberal), hay interesante trabajos, entre los que merece citarse: Wacquant, L. 2009. *Punishing the poor: The neoliberal government of social insecurity*; (2010) *Class, race and hyperincarceration in revanchist America*; Brener, N. & Theodore, N. 2002, *Cities and the geographies of actually existing neoliberalism*; Dammert, L. & Malone, M. 2006, *Does it take a village? Policing strategies and fear of Crime in Latin America*; Müller, M. 2012, *The rise of the penal state in Latin América*.

En este nuevo libro, a través de una epistemología del ejemplo, Bourgois presenta al lector las consecuencias y el costo humano que ha significado el triunfo de las políticas punitivas al interior del proyecto neoliberal en los Estados Unidos. Con la colaboración de las imágenes de Schonberg (64 fotografías en blanco y negro), se encargan de visibilizar una experiencia de abuso, en la que nos explican el porqué y cómo del sufrimiento, y qué efectos tiene sobre sus “víctimas”. Pero, este montaje entre testimonio, análisis e imágenes, no deja de ser problemático con respecto a la representación del sufrimiento y la política de la imagen, precisamente en el momento en que, lo que Debord definió como *sociedad del espectáculo*, restringe la comunicabilidad del sufrimiento justamente a eso: a su espectacularización. Para sortear este peligro, Bourgois y Schonberg realizan la operación correcta que consiste en, por un lado explotar el potencial expresivo y emocional de las imágenes, y por otro, no separar nunca esas imágenes de las palabras y de las subjetividades que les son coincidentes. El espectáculo comienza no por exceso de imágenes de violencia, sino por exceso de sufrimiento sin rostro, sin nombre, sin sentido. En este trabajo, en cambio, encontramos palabras que sustituyen imágenes y viceversa, en un juego político de redistribución de lo visible. Al hacer de este modo visible el daño, el costo humano, *Righteous Dopefiend* extrae la conclusión pertinente: hay una *racionalidad* específica en el neoliberalismo que supone la *vulnerabilización de ser social* como condición del gobierno, y que éste implica un alto grado sufrimiento humano inútil (*useless suffering*), en el sentido que dio a esta expresión E. Levinas. Por ello, al mismo tiempo que nos muestra la lógica que provoca la exclusión y el abuso sistemático de *este* grupo particular, emprende una crítica de lo que no funciona de manera general en la sociedad norteamericana. Esta forma de articular una interacción dialéctica entre la fenomenología del sufrimiento individual y los grandes procesos históricos y las condiciones estructurales es uno de los grandes aciertos del libro.

Trabajos como este hacen políticamente visible a las personas y colectivos afectados por la exclusión, la violencia, la negación, el no reconocimiento. Pero el libro no constituye una denuncia moral sobre estos hechos, sino que piensa o repiensa el papel vertebrador de la violencia (estructural, simbólica y subjetiva) en el funcionamiento interno del capitalismo neoliberal imperante. En las calles y cárceles de las ciudades norteamericanas, los parias han tocado fondo, han sido separados del mercado laboral, desarraigados de sus lazos familiares y se hallan excluidos de los servicios públicos, la policía los persigue, los hostiga y encarcela. Son ellos los lumpen, como expresó Marx, los abusados por la historia. Pero, si para Marx los *lumpen* constituían una categoría poco fiable desde el punto de vista político, una categoría degenerativa y residual de las transformaciones de clase (de allí provienen, advertía, los esquirols, los traidores, los policías rasos), el uso que hacen de ella Bourgois y Schonberg en este libro es totalmente diferente. No tanto una categoría social determinada, sino una herramienta analítica para repensar las relaciones de clase al interior del proyecto neoliberal, pero lo lumpen es, además, un lugar de subjetivación. Quien ayuda a pensar este desplazamiento es por supuesto Foucault y es de agradecer que -frente a la despolitización de su teoría en la academia norteamericana- Bourgois vuelva a conectar a Foucault con Marx. Y lo hace para problematizar el concepto de clase, o mejor, para ampliarlo y verlo en su física concreta, para cartografiar las regiones de una experiencia que a la vez transita por las determinantes históricas y estructurales, mientras se excava

hacia una subjetividad colectiva. El *devenir lumpen*, como he querido llamarlo (para mostrar su carácter móvil, interior y común), significa, entonces, subjetividades vulnerables, violentas y auto-destructivas como consecuencia de relaciones de abuso y de la violencia sistémicas.

El campamento nómada llamado por sus habitantes imaginariamente “Edgewater Boulevard”, es una *heterotopía*. Hundido en las arterias de la ciudad de San Francisco, muestra vidas imposibles y suicidas que se debaten permanentemente en el umbral de la prostitución y la dignidad. Allí, podemos entender cómo la imposición de un consenso irreflexivo es una estrategia de los poderes que nos oprimen, y que ésta se halla dirigida sobre la constitución misma de lo común. Finalmente,... ¿la lección del libro?: no hay verdadero espacio político sin esta irrupción de la otredad, de aquello impropio en nuestra propia vida. Negada y excluida, la subjetividad lumpen del “drogado empedernido” circula y abre un espacio polémico de demostración de los derechos (de los de todos), pero no es un espacio en donde podamos consolarnos en la declaración vacía de que todos somos iguales, ciudadanos, con derechos humanos. Como bien muestra *Righteous Dopefiend*, este espacio es más bien un vacío, un intervalo, un falta que nos abre a la pregunta política sobre qué implica tener derechos, es decir, sobre su implementación discursiva y práctica. Y esta pregunta comienza, como explica Rancière, con el rechazo de la identidad impuesta y con una identificación imposible: “todos somos lumpen”.

Berlín 2014

## BIBLIOGRAFÍA

Bourgois, P., 1996. *In Search of Respect. Selling Crack in El Barrio*, Cambridge, University Press.

-1998. Just Another Night in a Shooting Gallery, *Theory, Cultura & Society*, vol. 15(2), London.

-2000. Disciplining Addictions: The Bio-Politics of t Methadone and Heroin in the United States, *Culture, Medicine and Psychiatry*, vol. 24.

Deleuze, G., Guattari, F., 1985. *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Barcelona, Paidós.